

OTRAS VOCES

«En estos tiempos flojos, que por ser débiles carecen de sentimientos y por ser decrepitos se avergüenzan del amor y la abnegación, falsamente se nos quisiera hacer creer que la fraternidad se ha vuelto una palabra huera. En voz muy alta y sin reserva alguna debemos repetir con la revolución, y decirselo a ésta para que lo vuelva a proclamar, que todos los hombres somos hermanos» (Gustav Landauer).

«En la conversión no se trata tanto de elegir querer entre el bien y el mal, como de elegir querer. El elígete a ti mismo sustituye al conócete a ti mismo» (Soren Kierkegaard).

«Nuestra acción no está dirigida esencialmente al éxito sino al testimonio. Aunque estuviéramos seguros del fracaso partiríamos de todas formas, porque el silencio ha llegado a ser intolerable» (E. Mounier).

«Convertirse es estrechar con los otros el vínculo de la fidelidad creadora que nace hoy con la esperanza de un mañana donde habrá que volver a hacer lo mismo» (Anónimo).

«El circuito diabólico de la pobreza, el paro, la criminalidad y las cárceles se hace cada día más grande. ¿Por qué? Porque a los demás hombres les da igual, porque se insensibilizan y se resignan a estas cosas,

OTROS AMBITOS

encogiéndose de hombros. Porque no quieren ver la miseria ajena y huyen del sufrimiento propio. Esto no es más que un ejemplo de cómo vamos dejando que la muerte se meta en la vida cuando nos asustamos ante el conflicto y perdemos la pasión por la vida».

Jürgen Moltmann: «Un nuevo estilo de vida».

«Es posible cambiar la vida. Podemos, desde ahora, comenzar a romper la lógica de un sistema que, aislándonos, nos reduce a la impotencia. El primer paso: salir al encuentro del otro —aceptando su diferencia— para crear juntos esas comunidades de trabajo, de consumo y de cultura. Contra la selva de las competencias y la asfixia de las jerarquías, creemos esa nueva relación humana, ese nuevo tejido social, y el poder exterior retrocederá».

Roger Garaudy: «Una Nueva Civilización».

«Escuchad esto los que pisoteáis al pobre y queréis suprimir a los humildes de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el novilunio para poder vender el grano, y el sábado para dar salida al trigo, ahincando la medida y aumentando el peso, falsificando balanzas de fraude, comprado por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias, para vender hasta las ahechaduras del grano?».

Amós: «Libro del Profeta».

MIS DIFICULTADES CON LA CONVERSION

La conversión es siempre un combate con lo real. Desde ella damos razón de nuestra esperanza. Porque la conversión exige una buena causa para poner en incandescencia a la persona.

Por Pablo Largo

Empiezo declarando que he tenido ya una dificultad previa con el título mismo de esta colaboración. La he zanjado formulándome una noción de conversión y una consecuente comprensión del título.

Entiendo por «conversión» la versión a lo real, un acercamiento franco a las cosas con vistas a un ajuste con ellas (en el sentido más noble de la palabra «ajuste»: ser justo con las cosas, vivir y hacer lo que cuadra en cada ocasión). Lo que voy a proponer es alguna descripción y análisis de una selección de dificultades que experimento al tener que habérmelas con lo real y alguna de las «políticas» que practico o que me parece debería practicar. Apuntaré, pues, cómo me veo y cómo me siento reaccionar a esta altura de la vida, rebasado ya el *mezzo del cammin* (hablando en términos estadísticos).

Habría preferido examinar las dificultades de Agustín de Hipona, o las de la protagonista de *Viento del Este, Viento del Oeste*, pero no es ese el encargo. Así que en estas páginas voy a murmurar sobre mí mismo: por la rejilla de este texto se va a colar un leve murmullo. Tras él se oculta un rostro. Queda aún una pista: el nombre. Quizá no importe mayormente; no parece atentar gran cosa contra el «anonimato» del que habla. Quien, además, presume contar con una especie de sigilo sacramental o secreto profesional de los lectores de *Acontecimiento*. Ellos, por su parte, pueden proceder a un análisis profundo, a un desenmascaramiento, quizá a una medida de gracia. Al menos tendrán a bien disculpar el reiterado uso del pronombre personal de primera persona.

CENSO DE POBLACION INTERIOR

Decía Aristóteles que el entendimiento, al entrar en nosotros, se encuentra *tanquam tabula rasa*; pero al cabo de cierto tiempo hay unos cuantos garabatos o engramas en nuestro cerebro. Se nos ha ido poblando la mente.

Los juegos de la razón. Paso a señalar/descartar un primer grupo de mora-

dores de mi espacio mental. Está integrado por antiguas (y, así, arrinconadas) aficiones. En efecto, mi presente ubicación o acomodo en la vertiente ocupacional de la vida no se corresponde con mis preferencias personales. De haber seguido las propias inclinaciones, mis amigos habrían sido los *números*, y mis amigas, las *letras*. La realidad física está escrita en caracteres matemáticos; la realidad humana se dice en caracteres alfabéticos. Operar sobre los caracteres me asusta menos que operar con o sobre las realidades mismas. No dejarán de dar sus quebraderos de cabeza estas inocentes entidades numéricas y lingüísticas; pero espontáneamente los prefiero a las resistencias que oponen las realidades físicas y mecánicas y a los quebrantos de alma que dan las realidades humanas.

Hay otras entidades asentadas en cada territorio personal. Son parte del encuentro del sujeto con las personas y las cosas y a su vez intermediarios para el trato con ellas. Si emprendiéramos un censo de este vecindario restante, hallaríamos diversas categorías, que, para uso doméstico, puedo catalogar en las siguientes clases: fantasmas, fantasías, ideas, símbolos, lemas, proyectos.

También para andar por casa (es decir, sin pretensiones de cientificidad, por un lado, y, por otro, con el intento de determinar mejor el trato que desde la pequeña sede de mi libertad debo mantener con los distintos grupos) me he formado un concepto de cada categoría. Paso a presentarlos.

El sueño de la razón. Los *fantasmas* son fuerzas oscuras que, a modo de ataduras invisibles, le tienen y retienen a uno, ejerciendo sobre él un efecto paralizante. Pueden minar la seguridad del sujeto y menguan su capacidad para una acción fecunda. Le transmiten unos mensajes de incapacidad subjetiva, o de peligrosidad objetiva (trátese de personas, cosas, situaciones, hechos). Señalan límites. Son subjetividad cauta, o en franca retirada: *usque huc venies et non procedes amplius* (¡Alto ahí!). Son, pues, prescriptivos: envuelven prohibiciones; imponen renunciaciones. Pueden también llevar incorporadas órdenes de ejecutar alguna acción con efectos más o menos destructivos para el

Las *fantasías* le dan a uno alas e impulso. Son dinámicas. O constituyen un mundo imaginario al que se evade el yo desde la prisión de una realidad sórdida, o dolorosa, o de cualquier modo ingrata. También los otros pueden ser protagonistas de nuestras fantasías: la lochera puede echarse sus cuentas pensando en su propio futuro o soñando en el porvenir de sus hijos. Ellas, como también los fantasmas, pueden ser muchas o pocas, de mejor o peor calidad. Hay épocas de la vida en que se produce una extraordinaria erupción. Las fantasías son retoños del deseo. Ciertamente el deseo puede tener mayor o menor intensidad; así, cabe advertir sensibles diferencias entre las personas por su mayor o menor «avidez». En suma: las fantasías son subjetividad cálida, abierta, ilimitada. Susurran, o claman: *duc in altum* (¡Rumbo a alta mar!).

La vigilia de la razón. Las *ideas* son exponentes de objetividad. Nacen de nuestra probación de lo real. «¿Ves cómo no te ha sucedido nada y lo divinamente que lo has pasado?» —le decimos al niño que en un primer momento

se resistía a montar en el columpio por imaginarse en la situación de quien está suspendido sobre un abismo—. En la experiencia tenida, ese niño se ha ido haciendo una idea de sí mismo y una idea del columpio. Quizá podamos decir que las ideas son fantasmas y fantasías controlados y domados mediante la probación de lo real y de la concomitante reflexión correctora practicada sobre nuestra población fantástica. Los fantasmas bien domados son un buen sistema de alarma; las fantasías probadas-aprobadas son buenas artes para habitar el mundo con esperanza y pasión, son resortes para una acción fecunda.

El Pentecostés de la razón. Están también los *símbolos*. En ellos se revela y vocaliza lo que con término fuerte llamamos *la verdad*, aquello en que últimamente consisten y en que últimamente descansan nuestro ser y la realidad en que estamos implantados. La verdad en que yo me asiento me ha alcanzado por vías de la tradición cristiana. Puedo decir que, al margen de las oscuridades que pueda tener para mí esta tradición y de la densidad de impregnación de mi vida diaria por ella, los símbolos mayores en que se «apalabra» (*Padre, Reino de Dios, Cruz*) tienen resonancia y asentimiento en mi humanidad personal. Bien sé, por otra parte, que no estoy consustanciado con el evangelio que condensan.

Con todos estos materiales uno se ha forjado una imagen de sí mismo: de sus vallas y minusvalías, torpezas y destrezas, seguridades e inseguridades. En la resultante (móvil) de ese conjunto de presiones y certezas que me habitan se decide la talla, el peso y el poder que me adjudico o reconozco a mí mismo: me creo tan grande (y creo las cosas tan menudas y sencillas) que me meto en camisa de once varas, o me achico y encojo de tal forma (y de tal forma agiganto y abulto las cosas) que no me siento a la altura de nada y me ahogo en un dedal.

Necesito hacer una exploración más a fondo de mis fantasmas y una inspección de mis fantasías. Conviene que mengüen los primeros y que las segundas crezcan; conviene extirpar aquellos (o el crecimiento canceroso de algunas células-fantasmas) e injertar nuevas fantasías y proporcionar un complejo vitamínico a las ya existentes. Así, me siento impelido a iniciar o reanudar un proceso de aprendizaje y de desaprendizaje, de copia y de cancelación de archivos grabados en mi interior.

He hablado del injerto de nuevas fantasías. Quizá ni siquiera eso sea necesario. Podría bastar con que deje reimprimirse con mayor relieve algunas palabras medio borradas que todavía llevo dentro. Bastaría con acoger ingenuamente de nuevo fantasías que sobre mí han forjado otros, ha forjado Otro («vosotros sois...»; «vosotros valéis más que...») y con recoger y encauzar todo su potencial. En la Biblia de mi estantería y en el libro de la vida hay evangelios mayores y menores a los que no he prestado suficiente atención. Otro tanto sucede con la cura de los fantasmas: «No tengáis miedo...», etc. Estoy a la espera de un Pentecostés con visiones para jóvenes y sueños para ancianos.

MISION

No es suficiente para una vida de hombre encerrarse en las cuatro paredes de los entretenimientos (de dedicarse a coleccionar algo, ¡que coleccionen fantasías!) o contemplando las metamorfosis de los propios estados de ánimo.

Hace falta una buena causa que ponga en incandescencia a la persona. Se precisa «una razón de vivir, una razón de trabajar, una razón de sufrir y una razón de morir» (Laberthonnière).

Converso es el «encausado», el que se vuelve y acerca a lo real con la ilusión y el afán de quien tiene una misión. Ahí topo con nuevos reparos para adjudicarme el título de converso. Ya he indicado cuál es la verdad que ahora debiera «encausarme» y que en la tarde de la vida me encausará. Advierto que mi disposición más espontánea no es la de misión, sino la de escapada. Es el complejo de Jonás. Me asusta el término simple: «misión». Me van más los compuestos: «omisión» (dejar asuntos atascados en el reino de los posibles); «remisión» (cierta tardanza y un tibio grado de intensidad en el obrar); «dimisión» (apearme de los caballos de batalla). Se me representa como arduo instalarme más de lleno en el término reduplicativamente compuesto: «compromiso». Para ello no necesariamente tendría que dejar aquello en que estoy metido; sería suficiente estarlo de otro modo.

Con otras palabras: parece que hay muchas formas de ver las cosas que uno lleva entre manos. Yo las veo más bien como lastre. Si me mirara con ojos conversos quizá me viera sencillamente como alguien metido en la «danza», y así como alguien que afronta la vida con otro garbo. Pero no puedo negar que he sentido golpes de viento favorable sobre el velamen, golpes de magnanimidad (en el sentido clásico de ánimo para algo grande).

Si la verdad se condensa en símbolos, las causas se plasman en lemas que uno empuña. Y basta eso: un puñado, un manojo. Y los lemas habrán de articularse en proyectos. Así es como las fantasías van cobrando espesor y visibilidad terrestre. Entre los primeros entuertos que habrá de desfacer el encausado figuran precisamente ciertos fantasmas, con el cortejo de lemas que los escoltan. Se me ocurre llamar un día de estos al cura y al barbero para que hagan un escrutinio de mis lemas. También es posible que me compre y lea un nuevo libro de caballerías. No sé qué tal me iría el de García Morente. En cualquier caso, ya conozco otro que es una excelente cantera.

No todos los lemas son válidos para todos. El lema «no busco grandezas que superen mi capacidad» (Salmo 131) puede y debe ser empuñado por quien siente la tentación de la desmesura, de la *hybris*; pero no tienen derecho a acogerse a él los pusilánimes.

Un diálogo a propósito de una persona con empeños y responsabilidades: «Más cuentas tendrá que dar a Dios» —comenta uno—. Otro responde: «Algunos van (vamos) a tener que dar a Dios cuentas de tener pocas cuentas que darle».

MI HISTORIA (MIS HISTORIAS) CON LOS OTROS

Conversari: vivir en compañía; **converti:** convertirse. La vida en compañía, con sus desencuentros y reencuentros, con sus choques y conciliaciones, es una permanente escuela de conversión.

Por de pronto debo declarar que nadie —que yo recuerde— me ha hecho la vida imposible; y que muchos me la han hecho posible. He vivido con personas entre las que se puede profesar con paz y alegría el oficio de hombre.

Sé que los otros (particularmente *los otros significativos*) han tenido arte y parte en la génesis de mis fantasmas, mis fantasías, mis ideas, mis símbolos, mis lemas, mis proyectos. Probablemente, si hubiera habido una mayor apertura mía con los educadores y una atención más personalizada por parte de ellos me habría curado de algunos de mis fantasmas y habrían cobrado más viveza y fuerza mis fantasías.

Resistencia y sumisión: En precisas circunstancias de la convivencia se me representan los otros como poderes. Unos son autoridades institucionales; los otros, poderes personales, sin más. Pero las propias autoridades oficiales no existen más que encarnadas en poderes personales.

Comenzaré por ellas. En casos de desajuste o divergencia entre la voz institucional y mis voces subjetivas (en las fases de deliberación), una tentación en que creo haber caído es la de capitular, es decir, la de llevar a cabo asentimientos y renunciaciones más bien acatados que suficientemente discernidos, peleados (o negociados) y consentidos. Por otro lado, mucho me temo que ciertas oscilaciones en mi actitud no han estado en función exclusivamente de una hipotética maduración de mi libertad, cuanto (también) en función de mis cálculos sobre la magnitud del poder personal de la autoridad en cuestión.

Por otro lado están mis reacciones ante los poderes nudamente personales. Estos pueden ser los casos más reveladores, por cuanto aquí la libertad se pone a prueba de forma también más desnuda. En más de una ocasión me he sorprendido formulando precipitadas promesas. O haciendo concesiones discutibles. Pero los momentos en que la libertad se siente más en tensión no pertenecen al calendario de las relaciones estrictamente interpersonales, sino al de aquellos encuentros colectivos en que se abordan asuntos que afectan también a otros, no a uno mismo. Entonces es cuando se advierte esa tensión entre la fidelidad de la conciencia a los valores percibidos y cierta sumisa lealtad a ese poder personal que ejerce sobre uno un ascendiente no del todo claro, en cuanto no exento de más o menos fuertes connotaciones emocionales.

En relación con las renunciaciones, la cuestión estriba en aclararme cómo y por qué renuncio, cómo y por qué prometo, cómo y por qué acepto. He de pararme a considerar qué es lo que me impulsa a practicarlas: ¿un exceso de dependencia?, ¿la falta de avidez?, ¿la propensión a escamotear o rehuir el conflicto, en lugar de afrontarlo (con mayor o menor serenidad)?, ¿la guarda de mi imagen?, ¿mi sentido de realidad y una libre voluntad de desasimiento y entrega? El asceta que sabe relativizar su ascesis renuncia a sus renunciaciones.

por mor de la caridad (como cuentan bellas historias de frailes mendicantes). Quien sienta la urgencia de cultivar la «avidez», cierta magnanimidad y un más amplio espacio de libertad renunciará a renunciar. La comprobación de que no se trata de un gesto egoísta se obtendrá al observar que la persona en cuestión ha crecido hacia una generosidad más grande.

Sé que la rendición ante los que en mi sentimiento íntimo son poderes superiores no es ninguna forzosidad. Puedo recordar episodios en que me he erguido contra lo que me dictaba cierto secreto impulso en algunas situaciones incómodas. He vivido estas historias embarazosas no sin tensión y ansiedad interior, y no sé si alguna vez podré vivir hechos análogos con más sosiego. Pero el mayor o menor alboroto interno no acalla otra voz ni sofoca la libertad. En el fondo no se trata de obtener una victoria sobre nadie salvo sobre los propios fantasmas.

Algo análogo puede suceder también, por ejemplo, en el mismo ejercicio de la actividad docente. A la hora de enjuiciar un examen o un trabajo, he de preguntarme: ¿cuál está siendo mi punto central de referencia?, ¿la objetividad (y en ella pueden entrar datos pertinentes de la vida escolar y aun extraescolar del alumno), o la subjetividad del otro (sus deseos o expectativas), o incluso la relación entre la subjetividad del otro y la mía?

Son hechos menudos. Ciertamente, no concursan a verse registrados en ningún Guinness como episodios máximos en la historia de la fortaleza y la libertad humanas. Simplemente me quiero recordar con ellos que cuando experimento una tensión interior del género es una buena política hacer un alto, y preguntarme: ¿estás dispuesto a que sean los otros (o lo que te imaginas de los otros, porque lo normal es que no recibas ninguna presión, ni siquiera una insinuación, y que seas tú el que se monta todo el tinglado y se enzarza en unos combates imaginarios), estás, pues, dispuesto a que sean los otros los dueños de tu silencio y tu palabra, y los que con su telemando manejen tu palabra en una u otra dirección? Tengo la impresión de que la libertad se fortalece cuando las cosas se miran de frente.

Aprender a decir «por favor» y «gracias». Otro capítulo es la ayuda. En el fondo (quizá no en el fondo fondo), uno desearía ser autosuficiente, en lugar de manifestar su limitación ante el otro y de requerir su ayuda. Se trata de cierta resistencia a dejarse querer, en lugar de dar ocasión a que la bondad del otro se ejerza en servicio tuyo; o también de no sentir de algún modo apresada tu libertad; o de un temor excesivo a recibir una negativa.

Pentecostés de los sentimientos. Paso a otro terreno. Circula por ahí una frase lúcida de Kant que también a mí me delata: «Hay algo en el infortunio del mejor de nuestros amigos que no nos desagrade del todo». Es un hecho sintomático: el pecado abunda (esta es la glosa que propone el teólogo protestante P. Tillich en uno de sus sermones universitarios). Dejo, por lo demás, a los entendidos que calibren la verdad (o sea, la validez y la explicación) del dicho kantiano. A mí me invita a asomarme al mundo de mis sentimientos oscuros. No parece que pueda ejercer un dominio despótico sobre ellos. Pero sí puedo cobrar mayor conciencia de esos sentimientos poco sanos y nada presentables que surgen en mí y puedo entrar más a fondo en la

tarea de su reeducación. Y creo percibir netamente que puedo neutralizar su influencia sobre otros sectores de mi vida, de suerte que no enturbien mis juicios (que pueden ser nobles) y mis comportamientos (que pueden ser justos y serviciales) respecto de los otros. Descubro ciertamente la urgencia de abrirme al don de la ágape, por el que uno experimenta a los otros como su propia carne, alegrándose con sus venturas y sufriendo con sus desgracias. Esta experiencia es otro hecho sintomático: la gracia sobrea abunda.

En definitiva, el objetivo en la relación con los demás se resume en este combinado: ponerme en mi sitio; ponerme en su lugar.

LA COSA PUBLICA

No estoy implicado de forma directa en los asuntos de la polis según los cauces institucionales existentes. Pero el análisis de mis palabras y de mis periódicos comportamientos electorales me depara como resultado, al menos probable, que en mí ha podido más la «paleopsique», o sea, el sometimiento a mis fantasmas y miedos, a mis atavismos, que la «neopsique», el análisis ponderado de las cosas. Creo que ha tenido notable fuerza las adhesiones a hombres que consideraba seguros. Recurriendo a la terminología de A. Maslow, diría que he planteado la cuestión pública más en términos de necesidades emocionales que en perspectiva de necesidades comprensivas. Y esto a pesar de resultarme estridente y tosco el «discurso» de esos hombres seguros y de experimentar una connivencia espontánea con las pintadas de los anarcos (se ve que para mis adentros emparejaba a éstos con los falangistas, de los que solía decir un compañero que habían hecho méritos para pasar a la historia de la literatura, no a la de la política); y a pesar también de descubrirme ante algunos luchadores de la época del franquismo (y dar el voto para el Senado, en las primeras elecciones, a una mujer que conoció la cárcel por motivos políticos). Pero, con todas las salvedades que haya de poner, mi fundada impresión es que en este terreno los sentimientos han ejercido un poco discutido señorío sobre mis conductas.

No me he formulado de modo suficientemente reflejo esta pregunta: ¿en qué piel he de meterme y desde qué ojos y situaciones he de ver las cosas a la hora de dar mi voto? Como también me falta una más decidida participación en algunas iniciativas sociales.

EL TIEMPO (LOS TRABAJOS Y LOS DIAS)

Paso a otro asunto, no sé si menos serio, pero también significativo: el tiempo. De ahí me viene más de una tribulación. En esta civilización del ocio y los atascos, de las prisas y el infarto, puede echarse en falta una sabiduría en la forma de vivir el tiempo. Dejando a un lado la cuestión, señalaré algunos puntos en que ando reñido con el tiempo y necesito de reconciliación con él.

El tiempo que hace. Sin estar por encima del buen y del mal tiempo, no

soy en mi humor ni en la forma de ver las cosas una reproducción de la bonanza o del tiempo de perros que rija por fuera. En lugar de vivir, víctima de un insano paralelismo psicoatmosférico, a merced del aspecto que presenta el cielo, no me cuesta poner a mal tiempo buena cara. El cielo gris, quizá por la rareza del hecho en la región en que vivo, no me nubla la mirada. Otras circunstancias climáticas pueden afectar más al estado de laxitud o al de cierto frescor y buen tono vital.

Las estaciones de las cosas. Aparecen leves nubes de tribulación en la coordinación entre la secuencia del tiempo y el orden de las acciones. Porque hay un antes y un después. Y también un a la vez. Puedo realizar simultáneamente algunas acciones, por ejemplo coser y cantar. Pero otras presentan mayor dificultad. Si estoy de pie y quiero ponerme el pantalón, necesitare hacer una gimnasia especial para introducir a un tiempo las dos piernas del cuerpo en las respectivas perneras de la prenda de vestir. No me queda más remedio que hacerlo a dos tiempos. Es el sistema más expedito para quien no es malabarista de circo. Pero más de una vez y más de dos quiero simultanear operaciones por afán de atajar y ganar tiempo y tengo que acabar dando un rodeo más largo. Queda otro aspecto: el orden en que procede realizar las operaciones no simultaneables. En el prosaico ejemplo aducido, da lo mismo empezar por cualquiera de las piernas. Pero en otros casos la secuencia no es indiferente, a menos que uno quiera pertenecer al club de los que primero disparan y luego apuntan. Más de una vez me veo en ese gremio. Y al cabo no me queda más solución que la de gastar otros cartuchos, la de desandar el camino y empezar a derechas. Exagerando, uno se inclina a pensar que la vida ama el caos y que las cosas tienden a ir manga por hombro. Introducir cierta disciplina es una lucha permanente. Lucha diaria, mejor o peor refida. No; la obra de la creación (en uno mismo y en torno a uno mismo) no está acabada. Y no es buen procedimiento crear los herbívoros antes que el forraje, ni los pájaros antes que el aire, ni el verano antes que la primavera (aunque antes, o sea, hace algún siglo, llamaban verano a la primavera). A través de todo ello siento perseverar en mí ciertas dosis de ansiedad e impaciencia.

El tiempo que hace que... (o sobre precipitaciones y tardanzas). Ya he aludido a las promesas precipitadas. Ahora me referiré a las ejecuciones tardías. «El que de joven no trota, de viejo galopa». Este juicioso proverbio se refiere al íntegro decurso de una vida. Pero el único proyecto vital se ramifica o desgrana en un conjunto de proyectos, y a cada uno de ellos cabe aplicar el refrán. Cuando se aplaza *sine die* una tarea que tiene una fecha de vencimiento, al final se omite, o se ejecuta aprisa y corriendo, por lo que se resentirá el resultado. Y si la carpeta de asuntos pendientes se va engrosando, se crea un estilo de vida: uno va demasiado rezagado, más bien jadeante.

Otro dicho me aconseja que procure atajar el mal al principio. Pero las órdenes inhibitorias de mis fantasmas saben imponerse y me acunan en la falsa seguridad del que no mira de frente los problemas y deja que se pudran ciertos asuntos.

Concluyendo: decía Salustio que había que madurar despacio las deci-

siones y proceder con presteza a las realizaciones. A algunos nos lo tenía que haber dicho al revés, para que lo entendiéramos. Desde la experiencia de la vida, reformularia para mí la máxima salustiana en estos precisos términos: antes de precipitarte a prometer, lómate tu tiempo; y cuanto más tardes en hacer, más pereza te dará en unas cosas, y más vergüenza o apuro en otras.

El tiempo a ti debido. Un nuevo capítulo es el del ajuste entre mi tiempo y el de los otros, y no sólo el último domingo de marzo y de septiembre. Hay más domingos en el año, y me pregunto si es tan sagrado y dominical (o sea, tan de señores) el tiempo de los otros como el mío. Además, está el respeto a los respectivos ritmos. En unos casos, el saber aguardar; en otros, el no impacientarse; y así, en todos, el saber «con-temporizar» o establecer sincronías.

Los contratiempos. Aunque sólo sea por asociación de palabras, se puede dar cabida aquí a otro desajuste: el de los contratiempos. Del aviso «a mal tiempo, buena cara» habría que pasar a una consigna más amplia: la de cogerle las vueltas a lo negativo, volver del revés los reveses, llamar a las cosas por su nombre... y por su sobrenombre (el que cumple ponerles cuando se ven con ojos de converso). Pero esta es una cuestión de más envergadura, que le habla a uno de su creaturalidad, y que ese uno espera aprender a su debido tiempo, para lo que trata de hacer ya sus ensayos.

La memoria. Volver los ojos atrás no es por fuerza un precepto anti-evangélico. Con el cultivo del recuerdo no me invito a añoranzas que erosionan mi proyecto. Con esta «conversión» al pasado quiero simplemente ponerme bajo el magisterio de la experiencia, reconocer mi camino (y mi eventual empantanamiento) y hacer que mi vida cobre espesor ante mí, para desvanecer la impresión de que ha sido una sombra. Y quiero, no en último término, ejercitarme en el agradecimiento.

LA CULPA (A VUELTAS CON DIOS)

La memoria, el sobrenombre que conviene poner a lo negativo, la sospecha de que la gracia sobreabunda...: todo ello me invita a acercarme (en paz) a mi historia de culpa.

Sí, a mi narcisismo no le resulta muy gratificante el reconocimiento de los lados oscuros, en cualquiera de las vertientes de mi vida. Desencadena procesos de exculpación, de reducción de hechos míos azorantes a la cantidad cero. No busca la gracia, sino la declaración de inocencia.

Percibo reservas a dejarme agraciado, a ser visitado por la bondad del otro, por una medicina que deja tan buen sabor de boca («Gustad y ved...»). En ámbito ya explícitamente religioso, «conversión» significa: ir aprendiendo a conocerme como El me conoce, a amarme como El me ama, a «perdonarme» como El me perdona. Es éxodo del propio mundo pequeño, de la satisfacción de mi ego en su maquillaje de individuo impoluto; es voluntad de no afianzarse en una propia y autosuficiente justicia, sino en la bondad de los otros, en la ilimitada bondad del Otro.

La llamada a crecer en «vulnerabilidad» es un evangelio. Uno cree vislumbrar que, si se deja «herir» por el *no* y el *sí* de Dios, estos ahondarán en él una franca desaprobación de ciertas actitudes y actuaciones y una más cabal autoaceptación. Habría que averiguar si el regusto de esta herida es o no distinto del regusto de las tres heridas abiertas por la ciencia en el narcisismo del hombre.

CONCLUSION

Dejo a un lado toda referencia a otros asuntos (la verdad, el cuerpo, la economía...). Concluyo señalando que la vida en juego creador con la propia circunstancia se caracteriza por una doble actitud: confianza y entrega. Son las dos caras simétricas de una misma realidad. Son dos formas de apertura. En latín basta un vocablo (*fides*) para designarlas. En la realidad reverso de la *fides* hay otras dos caras: desconfianza, y reserva o inhibición. Son dos formas de hermetismo. Esa parece ser la disyuntiva.

Cabe suponer cuál es la opción correcta, cuál es el reto que tiene uno delante: acoger el *si* y dar el *si*, lo uno y lo otro con franqueza; dejar que resuenen sin sordinas los pronunciamientos favorables, y pronunciarse sin ambigüedades a favor. En suma: apalabrarse. El lema de los que se apalabran es: ¡atrévete a crecer!

Pablo Largo.
Profesor de Teología Fundamental.